

1896 : de *el imparcial* a la revolución

blanca aguilar plata

investigadora del centro de estudios
de la comunicación, unam

Con frecuencia se ha pensado que la explicación de la prensa contemporánea se encuentra directamente a partir de la consolidación del

poder político instituido en 1917. Si bien es cierto que el rumbo del país tomó cauces muy distintos en esa época y que la prensa anterior al movimiento revolucionario fue un reflejo de las luchas entre corrientes políticas que intentaban modelar un nuevo estado, también es cierto que el tipo de periódico que hoy en día conocemos es el resultado de una profunda transformación de la prensa del siglo pasado y probablemente tenga su ejemplo típico antes de 1910, precisamente cuando se empezaba a dejar sentir la crisis en el viejo poder.

Además del elemento político que determinó el carácter y los objetivos de la prensa contemporánea, es necesario detenerse en otros de tipo sociohistórico que en conjunto explican más detenidamente esta prensa.

¿En qué difieren los diarios modernos de los del siglo XIX? Es importante detenerse en la etapa de transición de la prensa artesanal a la prensa moderna, industrializada.

La producción masiva, que no podía desenvolverse en un clima de inestabilidad, alcanza a la prensa precisamente a finales de la dictadura de Díaz. Es en ese período cuando el poder político se da cuenta, toma conciencia de la importancia que tienen los medios de difusión o —mejor dicho, de divulgación amplia de información e ideología—; y es el poder político establecido el que cuenta principalmente con los recursos necesarios para utilizar la fuerza de ese mecanismo. Si antes los periódicos tendían a unificar, agrupar y persuadir a un número reducido de ciudadanos, ahora el estado —entendido como gobierno— pondría en marcha un arma semejante, pero de mayor alcance, tendiente a contrarrestar la inconformidad promovida por los periódicos pequeños, de crítica.

De crítica, a legitimadora

A partir del surgimiento del primer periódico “industrializado” se transforman las características esenciales de la prensa del siglo XIX; por lo tanto sus objetivos y funciones pasan de la lucha por el poder a la consolidación, la legitimación y el apoyo a la estabilidad del poder instituido, así como a la divulgación de sus ideas. La fuerza política y económica, juntas, logran imponerse en definitiva y cimentan el nuevo modelo de la prensa nacional, la prensa “masiva”, la única que puede sobrevivir y crearse cierto prestigio dentro de un sistema de “libre competencia”. En realidad la prensa de opinión, de crítica, la prensa netamente de lucha política, nunca ha dejado de existir; es la prensa marginal que circula entre grupos limitados —como su antecesora del siglo XIX—, pero que se ve abrumadamente opacada por la prensa industrial.

La intención del gobierno no fue la de mantener informado al pueblo o crear una auténtica corriente de opinión pública, sino, por el contrario, contrarrestar los efectos de los periódicos opositores que eran germen

o expresión de numerosas corrientes políticas. Estas publicaciones, aunque de reducida circulación y con objetivos muy específicos, intentaban hacer el papel de educadores públicos y de auténticos formadores de opinión.

El pionero

El paso firme del periodismo artesanal, local, de partido político o grupo ideológico, al periódico moderno lo ilustra claramente la aparición del primer diario "industrializado" en México: *El Imparcial*, fundado en 1896 a expensas de uno de los más fieles representantes del porfiriato, el ministro de Hacienda José Ives Limantour.

Los objetivos de este diario se manifiestan en las condiciones de su aparición, que marcan el cauce que habrán de seguir después casi todos los periódicos modernos que hoy conocemos. Sus pretensiones —que no coincidían con sus verdaderos propósitos—, querían reflejarse en un nombre: *El Imparcial*, que definitivamente no podría sobrevivir a la época de diferencias y luchas que se avecinaban para el país. Hasta entonces no había sido posible la imparcialidad de los diarios mexicanos, ni siquiera en el campo literario.

Hasta la aparición de *El Imparcial* los periódicos habían sido el instrumento de expresión, la tribuna de los grupos políticos en la lucha por el poder; respondían concretamente a una necesidad del grupo o partido que representaban y, a pesar de algunos adelantos mecánicos, no habían dejado de ser un producto artesanal en el cual no se separaban claramente las tareas intelectuales de las manuales, en la creación del periódico. Su precio de venta era también más elevado. Sólo la fuerza de un objetivo político —principalmente— y la unidad en torno a él de un grupo de hombres, podía mantener vivo un diario de ese tipo. Estaba claro que su distribución entre gente que no compartía la ideología de aquel grupo, era con el fin de persuadirla, de ganarla para su causa. Pero esta distribución era limitada. En cambio, al aparecer el primer gran diario, llamémosle de carácter masivo, los objetivos partidistas, los principios ideológicos se diluyeron en la gran cantidad de información de noticias de carácter trivial, de esas que pueden interesarle a todos porque en realidad no le incumben a nadie. A partir de entonces se le hace creer al público que ese diario es *para todos*, sean de la ideología que sean; es "su diario", y se reduce el precio a costa de pérdidas de producción que deberá reponer aquel interesado en la supervivencia del periódico. Este se vuelve económicamente accesible a "los bolsillos populares", según reza él mismo, pero dependiente de un pequeño grupo con gran poder.

De esa manera, el objetivo político que aún forma parte del nacimiento de todo periódico, se ha vuelto encubierto, sutil. Sin embargo, cuando aquéllos que defienden este principio son derrotados por un nuevo grupo,

el periódico también cae. *El Imparcial*, en cambio, no desaparece; se transforma al adoptar diferentes nombres bajo nuevas direcciones, siempre en apoyo del proceso de institucionalización de poderes que se da al final del movimiento armado. De cualquier manera, ya estaba sembrado el germen del diario moderno que conocemos actualmente.

Desde entonces, igual

El Imparcial reunía elementos característicos que hoy encontramos en los diarios contemporáneos: auspiciado por intereses políticos (encubiertos), subvencionado económicamente por el estado contaba con los recursos suficientes para competir con otras publicaciones sin arriesgar su existencia—. Impuso una transformación en el periódico tradicional: promovió un estilo en el que predominaban las noticias y se reducía el comentario y la crítica; aumentó considerablemente lo que desde entonces sería característica inseparable del diario masivo: las fotografías y la publicidad. *El Imparcial* utilizó, además, por primera vez en la historia del diarismo mexicano, los sorteos para promover las suscripciones; también promovió concursos de belleza. La era de los grandes tirajes se inició con este diario, pues fue el primero en beneficiarse con las rotativas y linotipos. Su circulación alcanzó los 100,000 ejemplares diarios.

En un día normal de edición (miércoles 1o. de junio de 1908) se observa que el periódico que pretendía dar noticias objetivas, constantemente se avocaba la autoridad de "rectificar" las afirmaciones publicadas en otros periódicos de la ciudad. Informal e indirectamente se constituyó en vocero favorito del gobierno de Díaz, al afirmar que la verdad de los hechos la posee sólo él. Junto a las noticias aparecía el editorial, que resultaba una apología de las acciones del gobierno.

El Imparcial intentaba darse una imagen de diario moderno y prestigioso al estilo norteamericano, al hacer uso de agencias internacionales de noticias —Regagnon y Prensa Asociada—, así como de corresponsales en el interior del país.

La variedad de información que presentaba comprendía también notas femeninas, las crónicas sociales y de actividades artísticas, la nota roja, las actividades del Colegio Militar, crónicas científicas, sección financiera y una especie de entretenimiento y literatura: novelas resumidas en capítulos.

La publicidad, que ya antes había formado parte de algunos periódicos, alcanzó un lugar privilegiado sin faltar en ninguna página. Encontramos aquí las primeras planas completas de El Palacio de Hierro y Al Puerto de Veracruz. Otros clientes importantes fueron: Boker y Cía. (Casa Boker), La Sujiza C. Deuchler & Co., High Life, El Borceguaf, Cervecería Moctezuma, Teléfonos Ericson, The United States Banking

Co., S. A., Singer (máquinas de coser). El aviso de ocasión ya viene clasificado y abarca casi la misma gama de contenidos que en la actualidad: empleos, arrendamientos, oficios, sirvientes, enseñanza de academias comerciales, pérdidas, traspasos, compras, préstamos, servicios profesionales y avisos procedentes de los estados.

El manejo de la publicidad lo controlaban las primeras agencias transnacionales establecidas en México. *El Imparcial* encargaba la administración de ella a los señores B. y G. Goetschel, agentes de la Societé Mutuelle de Publicité, de París.

Como sucede hasta nuestros días con los diarios modernos, la edición dominical de *El Imparcial* era una edición especial. A la variedad de notas de la semana agregaba el color en primera plana, que acompaña a las crónicas históricas; además contenía secciones de interés muy variado: notas cómicas, descubrimientos tecnológicos, temas científicos, literatura y cuentos especiales para niños, consejos para el hogar, caricaturas, modelos para recortar y armar, notas de deportes, toros y carreras de caballos. Todo esto y el aumento notorio de publicidad da como resultado una edición de dos secciones de ocho páginas cada una.

Este diario en consecuencia venía a constituirse en un desafío para las demás publicaciones que tenían que ajustarse a la modestia de sus escasos recursos técnicos y financieros.

El dinamismo y la audacia de que quería hacer alarde *El Imparcial*, contrastaba con la situación general del país. Pretendía alcanzar un numeroso público que necesariamente debía tener un nivel medio de escolaridad; sin embargo las estadísticas de esa época nos hablan de más de siete millones de analfabetas y una población rural de casi once millones, en 1910, cuando la población total del país era de 15 millones, 160 mil habitantes.

Entonces, en más de 150 años de existencia, el periodismo en México no había podido alcanzar tanto adelanto técnico, ni había sufrido una transformación tan radical en cuanto a finalidad y contenido, como cuando la tecnología desarrollada por el país capitalista más rico del mundo fue adquirida a título personal, por representantes del gobierno del general Díaz, para crear un órgano de gran influencia y alcance público, que apoyara y legitimara ese gobierno, y que mantuviera ocupada la atención de las clases populares. Para ello se servía también del sensacionalismo informativo y contrarrestaba así la acción de gran número de publicaciones pequeñas, independientes y fundamentalmente de carácter político, que empezaban a remover los cimientos del porfiriato.

Puede señalarse como punto medular de la prensa del siglo pasado el tema político; pero entendido éste no como lo encontramos en los diarios contemporáneos, sino en torno a una ideología en particular, y a principios y programas de partido. Este tema era expresado a través de un tipo de estructura casi exclusivo también: la forma de expresión interpretativa, de opinión, a diferencia del diario actual que redujo sus notas de

opinión y crítica a una página especializada. Aunque la interpretación se puede lograr con matices de diferentes tipos, lo que se pretende es hacer creer al público que en las páginas de información general lo que se le ofrece es sólo *información objetiva*.

Es curioso el hecho de que durante la etapa más floreciente del porfirato predominaban los periódicos de "información" sobre los de "opinión" y precisamente cuando ese régimen entró en crisis —o quizás por ello—, los periódicos de opinión (independientes) surgieron con nueva fuerza, aunque siempre hubo diarios independientes que se manifestaban a favor del régimen.

Debido a la fuerza de los movimientos rebeldes, al gobierno no le quedaba otro recurso que reprimir a la prensa opositora: la tumba para los periódicos y la cárcel, en el mejor de los casos, para sus editores.

La verdad única

No fue sino hasta que el grupo en el poder contó con los avances de la tecnología moderna cuando tuvo una posibilidad más efectiva de competir con sus opositores. Esto le permitió mayor alcance en cuanto a difusión de sus principios y su versión de los hechos, y por tanto al control de la información que llegara, ya no a pequeños grupos organizados, sino a la amplia masa desorganizada, y como tal manipulable.

Al dirigirse a un público amorfo y heterogéneo, el periódico se justifica para llenar sus páginas de todo tipo de material, que en conjunto aparece como un gran mosaico de acontecimientos que deja en el lector la sensación de recibir una gran cantidad de información de todo el mundo.

Un periódico moderno se propone informar "objetiva e imparcialmente", sin definir criterios de interés social y sin declarar previamente una posición política o un objetivo específico. Su línea editorial es la misma que los diarios de distintos grupos económicos o políticos siempre han declarado: objetivos tan abstractos o generales que después es casi imposible verificar en la práctica cotidiana. El grueso de noticias que publica el diario aparecen tan dispersas y superficiales que no logran explicar con profundidad casi nada de lo que sucede en torno al lector—ciudadano común.

En el fondo las tendencias políticas de cada periódico influyen en la selección y presentación de noticias; pero no influyen directa y claramente como en los diarios del siglo pasado, sino de manera encubierta, tendenciosa, mañosa. Los resultados de esta situación son lamentables porque una gran parte de población pseudoalfabeta, que se "informa" de lo que acontece en su país y en el extranjero, a través de un periódico (leído además superficialmente), y no en libros, documentos, etc., pierde el sentido de la realidad por un camino engañoso y difícil.

La tecnología en la prensa, como en muchos otros aspectos, le ganó la carrera al proceso de desarrollo social: el avance mecánico de la producción del periódico no era consecuente con la situación general —cultural y económica— de sus destinatarios; en consecuencia, lo que por cientos de años luchó por ser el configurador y promotor de cambios sociales, vino a quedar en una mercancía más, que refleja el poder instituido por unos cuantos.